

POR AURORA PIMENTEL IGEA

SIMONE Y SIMONE: BEAUVOIR FRENTE A WEIL



La historia intelectual del siglo XX tiene santones cuyas peanas se pueden resquebrajar con el tiempo. Junto a ellos, existen figuras más desconocidas u olvidadas a las que volvemos o descubrimos. Entre ellas, coetáneas, filósofas y francesas, están, en el primer caso de santona, Simone de Beauvoir, y, en el segundo de redescubierta, Simone Weil.

Las dos Simones coincidieron en la universidad. Lo cuenta Beauvoir en *Memorias de una joven formal*. Una gran hambruna había sacudido China. Beauvoir escuchó que Weil había roto a llorar al enterarse de la noticia y quiso hablar con ella. Weil afirmó que solo había una cosa importante: una revolución que diera de comer a todo el mundo. Beauvoir le replicó que el verdadero problema no era hacer felices a los hombres, sino encontrar un sentido a su existencia. Weil sentenció: «Se nota que usted nunca ha pasado hambre». Beauvoir admitió que esa respuesta terminó con su intento de aproximación: nunca más volvería a acercarse a ella.

FEMINISMOS NIETOS DE SIMONE DE BEAUVOIR

Con todo, este suceso no debería pasar de la categoría de anécdota: la historia personal y la obra de ambas lo demuestran. Weil estuvo tan preocupada (y realmente *ocupada*) por el prójimo como por el *sentido* de la existencia en una búsqueda incesante y valiente de la verdad desde *la realidad* como principal referente. Beauvoir partía, en cambio, de la deconstrucción ajena a lo que somos.

Aquel «no se nace mujer, se llega a serlo» de *El segundo sexo* preparó bien el terreno para que la sencilla pregunta «¿Qué es una mujer?», que un analfabeto del siglo XVIII hubiera contestado sin dudar, provoque hoy auténticos cortocircuitos en ámbitos universitarios, intelectuales y políticos. El supuesto feminismo *trans/queer* es nieto de aquella afirmación suya que se repetía como un mantra, como también es nieto suyo el feminismo de constante sospecha.

CREENCIAS DE LUJO PARA GENERACIONES ENTERAS

Beauvoir trató de dismantelar no solo los roles tradicionales, sino también la noción misma de los vínculos naturales. Vendió, además, aquel laboratorio de amores contingentes junto a Jean-Paul Sartre como paradigma de la libertad. Sin embargo, la posterior apertura de su correspondencia privada y sus diarios íntimos recorrió el telón de la *realidad*. Detrás de aquella pose se escondía un escenario de dependencias feroces y manipulación. Aquel pacto era una trampa de dominación compartida donde terceras personas —alumnas jóvenes y vulnerables a las que captaban y descartaban— pagaron el precio.

El drama es que esa trampa, con diferentes acentos y variaciones, se ofreció como dogma a generaciones enteras. Al identificar maternidad, hogar y lazos familiares únicamente como herramientas de opresión patriarcal, se empujó a la mujer a romper con todo para competir en la lógica del mercado laboral y del éxito individual. Se destruyeron en muchos casos las redes de apoyo mutuo sin edificar nada a cambio. Y sucedió que, como le ocurrió a ella misma, aquellas *creencias de lujo* (teorías difundidas fundamentalmente por élites intelectuales ajenas a la realidad, tal y como explica Rob Henderson) no funcionaron. Y justo ahí estamos en estos momentos.

WEIL: ARRAIGO Y DEBERES

Simone Weil representa la construcción y es lo contrario de la pose. Es cierto que sus escritos a menudo desconciertan, pero no pontificó desde el confort. Su obra *El arraigo* (*L'Enracinement*), concebida antes de su temprana muerte, constituye un interesante recorrido sobre el que caben dudas (así lo expresó Eliot), pero en la que late la autenticidad.

Mientras Beauvoir fundamentaba su ética en la reclamación de los derechos individuales y la soberanía del yo, Weil pretendía hacerlo sobre las obligaciones: un derecho no es nada si no existe un prójimo que asuma el deber sagrado de respetarlo.

La obligación es el ladrillo de la justicia y de la comunidad. Weil comprendió que el ser humano tiene necesidades que el laicismo moderno desprecia: el orden, la obediencia consentida, el honor y, por encima de todo, el arraigo. El arraigo es la participación real, viva y activa en una comunidad que custodia los tesoros del pasado y mira hacia el futuro.

EL EMPODERAMIENTO COMO LENGUAJE DE LA PLAZA PÚBLICA

La distancia definitiva entre ambas se mide también en su relación con la palabra. Simone de Beauvoir entendió la existencia como una batalla dialéctica constante por la hegemonía. Para ella, el lenguaje del mundo era inherentemente el lenguaje del poder, una herramienta de dominación que la mujer debía conquistar apropiándose de los códigos supuestamente masculinos. No es raro, por lo tanto, que veamos en esto el archimanido «*empowerment*» (empoderamiento) que impregna el lenguaje de género desde hace décadas y que se utiliza a siniestra... y diestra.

Para Weil todo ello acababa siendo *lenguaje de la plaza pública*, un lenguaje tramposo –propaganda, retórica–. Frente a esto, las verdades más profundas se revelan y perfilan en la intimidad y el silencio: es el *lenguaje de la cámara nupcial*, a veces paradójico, fragmentario, pero verdadero: allí donde Dios habla al alma.

Mientras el individualismo de Beauvoir conquistaba el ruido del foro, Weil edificaba un refugio en la intimidad de la atención y la compasión. Pero el veredicto del tiempo acaba venciendo. Beauvoir compró su relevancia al precio de una vida privada tortuosa y una filosofía que hace aguas. Simone Weil, que buscó el anonimato voluntario y el sacrificio, gana peso en este siglo XXI donde la redescubrimos porque necesitamos verdad y silencio.